



Está de pie al borde de unos acantilados sin nombre, como una estatua de mármol, pálido como las nubes del cielo. No puede ver los colores de la vida, ni las cicatrices escarlata de sus propios tatuajes, ni los jirones de carne putrefacta de las muñecas, de donde le arrancaron las cadenas. Sus ojos, tan negros como el Egeo, revuelto a sus pies, contrastan con una cara más blanca que la espuma que bulle entre las piedras puntiagudas.

Cenizas, sólo cenizas, desesperación y el azote de la lluvia invernal: ése es el pago a diez años de servicio a los dioses. Cenizas, putrefacción y una muerte fría y solitaria.

Ahora sólo sueña con el olvido.

Lo han llamado el Fantasma de Esparta. Lo han llamado el Puño de Ares y el Paladín de Atenea. Lo han llamado guerrero, asesino, monstruo.

Es todas esas cosas y ninguna de ellas.

Se llama Kratos, y sabe quiénes son los auténticos monstruos.

Los brazos le cuelgan con los poderosos músculos agarrotados, ya inútiles. Tiene las manos llenas de callos, no sólo por la espada y la jabalina espartana, sino por las Espadas del Caos, el Tridente de Poseidón e incluso el legendario Rayo de Zeus. Sus manos se han cobrado más vidas que veces ha respirado Kratos, pero ahora no sostienen arma alguna. Sus manos ya no van a flexionarse ni a cerrarse en un puño. Lo único que sien-

ten es el lento goteo de sangre y pus que cae de sus muñecas desgarradas.

Sus muñecas y antebrazos son el verdadero símbolo de su servicio a los dioses. Los jirones de carne oscilan, mecidos por el viento cruel, ennegrecidos y putrefactos; hasta el hueso muestra las cicatrices de las cadenas que estaban fundidas a él: las cadenas de las Espadas del Caos. Las cadenas han desaparecido, arrancadas por el mismo dios que se las otorgó. Esas cadenas no sólo lo unían a las espadas y las espadas a él; también lo encadenaban al servicio de los dioses.

Pero ese servicio había terminado. Las cadenas —y las espadas con ellas— habían desaparecido.

Ya no le queda nada. Ya no es nada. Lo que no lo ha abandonado, lo ha rechazado él.

No tiene amigos —lo temen y lo odian en todo el mundo conocido, y ningún ser vivo siente amor ni un poco de cariño por él—, ni enemigos —no le queda ninguno por matar—, ni familia...

Ése sigue siendo un lugar de su corazón donde no se atreve a mirar.

Y, finalmente, el último refugio de los perdidos y los solitarios: los dioses...

Los dioses lo han puesto en ridículo. Lo acogieron, lo moldearon, lo convirtieron en un hombre que ya no soporta ser. Y ahora, al final, ya ni siquiera puede expresar su rabia.

«Los dioses del Olimpo me han abandonado.»

Recorre las últimas pulgadas del acantilado y sus sandalias empujan algo de grava por el precipicio. Mil pies más abajo, unos jirones sucios de nubes se retuercen y trenzan una red de niebla entre él y las rocas puntiagudas contra las que se estrella el Egeo. ¿Una red? Niega con la cabeza.

¿Una red? En todo caso, una mortaja.

Ha hecho más de lo que podría haber hecho cualquier mortal. Ha llevado a cabo hazañas que ni los mismísimos dioses podrían igualar. Pero nada lo ha librado de su dolor. Un pasado del que no puede huir le devuelve el tormento y la locura, sus únicos compañeros.

«No hay esperanza.»

No hay esperanza en este mundo; pero en el otro, dentro

de los límites del poderoso Estigia que marca las fronteras del Hades, fluye el Lete. Dicen que un sorbo de sus aguas oscuras borra el recuerdo de la vida que una sombra ha dejado atrás y permite que el alma vague eternamente sin nombre y sin hogar...

Sin pasado.

Ese sueño le hace dar el último paso al frente, que lo hace caer y atravesar las nubes que se desgarran a su alrededor. Las rocas, azotadas por el mar, se van haciendo más grandes y sólidas y parecen avanzar hacia él para aplastarlo.

El impacto engulle todo lo que es, todo lo que ha sido, todo lo que ha hecho y todo lo que le han hecho a él en un demolidor estallido de oscuridad.

La diosa Atenea, vestida con armadura de arriba abajo, se encontraba ante su espejo de bronce bruñido. Puso una flecha en el arco y tiró de la cuerda lentamente. Observó en el espejo hasta el último de sus movimientos para adoptar la postura correcta. Atenea levantó ligeramente el codo derecho. Cualquier desviación del ángulo correcto haría que la flecha se apartara de su trayectoria. Buscaba la perfección en todas las cosas, como correspondía a una diosa guerrera. Tensó la cuerda y sintió que los músculos de brazos y hombros se tensaban al unísono. Aquella sensación la animó y la hizo tomar conciencia no sólo de sí misma, sino también de todo cuanto la rodeaba. Se dio media vuelta, se miró en el espejo, corrigió ligeramente la postura y apuntó al otro extremo de sus aposentos, a un tapiz enorme que mostraba la caída de Troya. Sus dedos soltaron la flecha, que salió disparada y se clavó en la figura de hilo de París.

«Qué héroe tan imperfecto», pensó. No había elegido tan mal. Había arriesgado mucho, pues el destino del Olimpo pendía de un hilo cuando su hermano Ares perdió el control. ¿Habría experimentado Kratos un momento de duda así, justo antes de que la flecha saliese disparada del arco? ¿Duda? ¿Seguridad? Inusitadamente, sintió una puñalada de miedo. ¿Todas sus intrigas no habían servido para nada tras privar a Ares de sus servicios con un inteligente ardid?

Una pequeña ráfaga de aire hizo que se volviera; apoyó otra flecha en la cuerda y tiró de ella hasta que el arco dorado gimió por la tensión. Se lo pensó mejor y lentamente lo destensó sin llegar a lanzar la flecha.

Repantigado medio desnudo en su diván de nube de color vino tinto, sin el menor asomo de vergüenza, yacía un joven increíblemente hermoso. Su pícara sonrisa no se vio afectada por tener la flecha de Atenea apuntándole a la frente.

—Me alegro de verte —dijo—. ¿Estás celebrando tu victoria? ¿Sabes qué convertiría esta ocasión en algo realmente especial?: deshacerte de tu virginidad perpetua. No parezcas tan solemne. No seas tan solemne. Exploremos territorios desconocidos. Como explorador soy muy bueno, y puedo enseñarte nuevos caminos.

—Hermes —musitó ella—. ¿Acaso no te advertí que no me espíases en mis aposentos?

—Seguramente —dijo indolentemente el Mensajero de los Dioses. Se frotó la espalda desnuda contra el diván, moviéndose sinuosamente de placer—. Ah, qué maravilla. Menudo picor tenía. De hecho, hermana mía, no es mi única comezón, pero con ésta puedes ayudarme, ya que eres tú quien la inspira.

—¿Yo? —La cara de Atenea permaneció inmutable como una estatua de mármol—. ¿Quieres que te rasque con mi espada?

El arco que tenía en la mano se esfumó y en su lugar apareció una espada afilada.

Hermes volvió a recostarse en el diván. Entrelazó los dedos por detrás de la cabeza y se dirigió enternecedoramente al cielo sobre el Olimpo:

—Estoy condenado a mirar lo que no puedo tocar —dijo con un suspiro—. Una suerte tan cruel debería estar reservada a los mortales.

Atenea había aprendido a lo largo de siglos de experiencia que Hermes estaba tan embriagado de sus propios encantos que, cuando empezaba a coquetear, el único modo de desviarlo de su propósito era cambiar de tema. Con la espada apuntó a sus sandalias.

—Llevas las alas. ¿Acaso se trata de un mensaje oficial?

—¿Oficial? Oh, no, no, Zeus está por ahí haciendo... algo

—respondió, y sonrió malévolamente—. Aunque es más probable que esté «haciéndose» a alguien. A otra muchacha mortal, seguro. Sólo las Parcas lo saben. De verdad, no sé qué les ve a esas mujeres mortales, cuando cualquier dios sacrificaría uno o dos miembros inmortales a cambio de poder echar un vistazo bajo la túnica de Hera...

—El mensaje —lo cortó Atenea—. ¿Qué excusa tienes para invadir mis aposentos?

—Oh, claro que traigo un mensaje. —Sacó el caduceo y lo agitó ante ella—. De verdad. ¿Lo ves? Tengo la vara.

—Tu belleza te confiere la impresión del encanto, pero tus modales hacen que se disipe.

—Oh, supongo que eso ha sido un comentario ingenioso, ¿verdad? Te lo pregunto, querida virgen de la guerra, porque si no, no habría modo de saberlo.

—Déjame contestarte con otra pregunta. ¿El mensaje que traes es tan importante como para no matarte por sacarme de quicio?

—¡Por favor! Nuestro padre prohíbe que un dios mate a otro... —Su voz se fue apagando al percibir algo incómodo en su fría mirada gris—. Atenea, querida hermana, ya sabes que en realidad soy del todo inofensivo.

—No he dejado de repetírmelo. Hasta ahora.

—Sólo intentaba divertirme un poco. Una pizca. Una broma con mi hermana favorita. Para animarte, ¿sabes? Para distraerte de..., bueno, ya sabes.

—Claro que lo sé. Y tú tampoco deberías olvidarlo.

Dirigió la mirada a un tocador donde había un aro de oro tachonado de piedras preciosas. Otra baratija más fabricada para una ofrenda expiatoria por algún artesano ambicioso de la ciudad que llevaba su nombre. Para ser obra de un mortal, era bastante refinada. Pensaba que probablemente debería atender su plegaria, y lo habría hecho de haber recordado cómo se llamaba. Sus problemas con Ares la habían apartado de aquellos mortales que tanto confiaban en ella incluso cuando morían. Eso debía cambiar pronto, si es que quería reparar algo más que edificios destrozados.

—Y... eh... te pido disculpas por haberte espiado. De todas las diosas olímpicas, eres la más hermosa. Tu postura con el

arco curvado y la cuerda en tensión era elegante... No, perfecta. Un regalo para la vista. Todo enemigo temblaría y cualquier aliado abrazaría tu causa. —Hermes se levantó del diván y estiró los músculos con la intención de lucir su cuerpo joven y ágil—. Pero debes reconocer que, de todos los dioses, yo soy el más guapo.

—Si fueses la mitad de guapo de lo que crees, brillarías más que el sol.

—¿Lo ves? Nadie puede compararse conmigo...

—Me gustaría oírtelo decir delante de Apolo.

Hermes echó la cabeza hacia atrás con altanería.

—Oh, es bastante guapo... ¡pero es un muermo!

—Más vale que las siguientes palabras que pronuncies tengan que ver con tu mensaje. —Se inclinó hacia él y le tocó el pecho con la punta de la espada—. Creo que hace mucho tiempo que no eres testigo de las consecuencias de hacerme enfadar.

El Mensajero de los Dioses observó la espada apoyada en sus costillas y luego miró a los ojos grises de la diosa de la guerra, que lo miraban fijamente. Se levantó, se alisó la clámide con un gesto muy digno y dijo en tono alto y claro:

—Es tu mortal favorito.

—¿Kratos? —Atenea frunció el ceño. Zeus había dicho que él mismo cuidaría de Kratos hasta después del servicio conmemorativo—. ¿Qué pasa con él?

—He pensado que te gustaría saber, en vista de todo lo que te ha ayudado y de cuánto te preocupas por él...

—Hermes.

El Mensajero se estremeció levemente.

—Sí, sí. Mira.

Levantó el caduceo y señaló a un punto. En el aire, entre ellos, se formó la imagen de una montaña altísima y de un acantilado cortado a pico, muy lejos de la superficie revuelta del Egeo. Al borde del acantilado, Kratos se detenía y parecía hablar, aunque no había nadie para oírlo.

—Tu favorito ha elegido un camino peligroso que lo llevará al Hades.

Atenea palideció.

—¿Va a suicidarse?

—Eso parece.

—¡Imposible!

¡Aquel mortal desobediente! ¿Y dónde estaba Zeus? Cuidando de Kratos, no, obviamente. ¿Acaso había dicho que sólo se ocuparía de él?, pensaba ahora Atenea. Eso era algo totalmente diferente.

Mientras repasaba mentalmente todas las posibilidades e improbabilidades, el Kratos de la imagen se inclinó hacia adelante y levantó un pie como si fuese a saltar al vacío desde el acantilado... y cayó. Simplemente cayó.

Ni luchó, ni gritó, ni pidió ayuda. Se lanzó de cabeza hacia una muerte segura contra las rocas con el rostro tranquilo.

—¿No lo veías venir? —preguntó Hermes con una sonrisa—. ¿No se supone que eres la diosa de la Previsión?

Lo miró tan seria que él reprimió su sonrisa con una tos.

—La próxima vez que nos veamos —le dijo en voz baja, fríamente—, compartiré contigo lo que preveo para ti.

—Eh... estaba bromeando. —Tragó saliva—. Sólo era una broma.

—Y por eso no me ha parecido necesario hacerte daño. Todavía.

Su espada cortó el aire delante de la nariz de Hermes. En honor a la verdad, el Mensajero no se estremeció... demasiado.

Atenea salió airada de sus aposentos. Hermes se quedó boquiabierto. A la velocidad del pensamiento, bajó del monte Olimpo hasta los acantilados azotados por la lluvia. Llegó cuando Kratos estaba atravesando las nubes hechas jirones.

El Mensajero tenía razón. Jamás hubiese pensado que el suicidio sería el final de la historia de Kratos. ¿Cómo podía haber estado tan ciega? ¿Cómo podía Zeus haber dejado que sucediese?

Y lo que era aún más importante: ¿cómo podía Kratos ser tan desobediente?

«El Cementerio Marino —pensó. Allí había comenzado la caída de Kratos. Tenía que ser allí—. El Cementerio Marino en el mar Egeo...»



El barco entero gimió y se estremeció y dio una sacudida que hizo levantarse la proa contra la feroz tormenta de invierno como si hubiese encallado contra un bajío inesperado en las profundidades del Egeo. Kratos se abrazó a la figura de Atenea en la proa de su maltrecho barco, y al abrir la boca profirió un gruñido animal.

Arriba, en el palo mayor, la última de las velas cuadradas del barco se estaba rajando, hinchada por el vendaval. Sonó como si hubiese caído un rayo cerca.

Una bandada de criaturas sucias y demacradas, como mujeres horrendas con alas de murciélago, bajaron en picado y revolotearon por encima del mástil, gritando rabiosas y sedientas de sangre humana.

—Arpías —gruñó Kratos. Odiaba a las arpías.

Un par de monstruos alados gritaron por encima del aullido del viento al lanzarse en picado para rajar la vela con sus garras sucias de sangre. La vela gualdrapeó una vez más y acabó por rajarse. Al caer sobre la cubierta derribó a las arpías. Una desapareció entre la espuma del oleaje y la otra logró enderezarse enganchando con sus afiladas garras el pelo de un remero. Se llevó volando al desgraciado marinero, que gritaba y se debatía en las alturas, y se retorció para hundirle los colmillos en el cuello y darse un festín con su sangre, que salió a borbotones y cayó en forma de lluvia sangrienta.



La arpía vio que Kratos la miraba y chilló con rabia ancestral. Le arrancó la cabeza al marinero y se la lanzó a Kratos. Cuando éste desvió el espeluznante misil con un despectivo revés, el monstruo le arrojó el cuerpo del marinero con fuerza suficiente para matar a un hombre normal.

Pero su objetivo no era un hombre normal.

Kratos lo esquivó y le quitó el cinturón de cuerda al marinero decapitado mientras caía. Con un fuerte tirón rompió la cuerda y lanzó por la borda el cadáver, que cayó al mar revuelto. Kratos calculó la trayectoria de la arpía, que se abatía sobre él como un halcón, con las afiladas garras extendidas para arrancarle los ojos.

Se echó las manos a los hombros instintivamente, buscando las enormes espadas gemelas, siniestramente curvas, afiladas y sobrenaturales que llevaba a la espalda. Sus armas, las Espadas del Caos, las había forjado Hefesto, el dios herrero, en la fragua del Hades. De sus empuñaduras salían unas cadenas que se le enrollaban a las muñecas y le quemaban la carne hasta fundirse con sus huesos. Pero en el último momento dejó las armas gemelas donde estaban.

No valía la pena desenvainarlas por una arpía.

A la manera de un látigo, hizo restallar el cinturón del marinero, que serpenteó hasta encontrar a la arpía y se le enroscó al cuello. Saltó desde el mascarón de proa hasta la cubierta y con su peso arrastró a la criatura. La inmovilizó contra el suelo con un pie mientras tiraba de la cuerda hacia arriba con una mínima parte de su fuerza. Fue suficiente: la cabeza de la arpía se separó de su cuerpo y salió volando por los aires.

Kratos agarró la cabeza con su mano libre, la agitó para que la viese el resto de la bandada, que chillaba y revoloteaba por encima de su cabeza, y bramó:

—¡Bajad otra vez! ¡Ya veis lo que os espera!

Hizo hincapié en su desafío lanzando la cabeza arrancada con una precisión mortal y una fuerza increíble contra la arpía que estaba más cerca. La alcanzó en plena cara y cortó en seco su chillido como si de una hacha se tratase. La arpía cayó debatiéndose y se estrelló contra el mar picado, a tres palmos de los remos de babor.

Kratos se limitó a fruncir el ceño. Matar a aquellas repug-

nantes criaturas ni siquiera era divertido, no suponía desafío alguno.

Kratos arrugó aún más la frente cuando la tormenta le permitió ver fugazmente el buque mercante al que perseguía. Al buque aún le quedaban dos velas y se alejaba con el viento a favor. Le bastó un segundo para comprender por qué su barco se estaba quedando atrás: sus remeros estaban encogidos de miedo, aterrorizados por las arpías, e intentaban esconderse como podían bajo los bancos o protegerse tras el grosor de los remos. Con un gruñido ausente de palabras, Kratos agarró del pellejo a un remero asustado y, con una sola mano, levantó al hombre por encima de su cabeza.

—¡El único monstruo al que debéis temer es a mí! —Con un rápido movimiento de muñeca, llevado a cabo sin esfuerzo aparente, lanzó al cobarde al mar—. ¡Y ahora, remad!

Los remeros supervivientes ocuparon sus puestos y comenzaron a remar frenéticamente. Sólo había una cosa que Kratos odiase más que a las arpías: a un cobarde.

—¡Y tú! —amenazó al timonel con su enorme puño—. ¡Si tengo que volver para gobernarlos, te daré de comer a las arpías! ¿Ves el barco? —Su bramido hizo temblar al timonel—. ¿Sí o no?

—A un cuarto de legua de la proa, por estribor —contestó el timonel—. ¡Pero conserva las velas! ¡Nunca lo alcanzaremos!

—Lo alcanzaremos.

Kratos llevaba varios días persiguiendo al buque mercante. El otro capitán era un marinero hábil y sagaz; había probado todos los trucos conocidos por Kratos e incluso algunos más, pero cada día la elegante galera de Kratos empujaba al buque mercante ineluctablemente hacia el único peligro del que ningún buque podía escapar: el Cementerio Marino.

Kratos sabía que, antes o después, su presa tenía que darse cuenta. Entrar en aquel estrecho maldito era el último error que cualquier capitán podía cometer en su vida.

Por delante de ellos, imponentes como rocas picudas en medio del angosto estrecho, descansaban los cascos destrozados de innumerables barcos que, por mala suerte o por un error de cálculo, habían llegado a aquel lugar. Nadie sabía cuántos había allí, cientos, tal vez miles, escorados en las ma-

reas y las traicioneras contracorrientes, rozándose unos cascos contra otros hasta que finalmente se rompían y astillaban en tablas flotantes o se llenaban de agua y se hundían. Pero el peligro no terminaba ahí: en el fondo del mar se amontonaban tantos barcos naufragados que llegaban casi hasta la superficie del Egeo en forma de arrecifes artificiales, al acecho de algún malhadado barco para abrirle el casco. Era imposible trazar un mapa de aquellos arrecifes, pues ningún barco que hubiese entrado en el cementerio lo había abandonado. Allí habían muerto tantos marineros que el mar hedía a carne podrida.

Kratos hizo un gesto de aprobación al ver que el buque mercante arriaba velas y levantaba los remos para dar media vuelta. Podía escapar —o podría haberlo hecho en cualquier otra región marítima—, pero el barco ya estaba demasiado cerca del Cementerio Marino. Cuando el buque mercante empezaba a cambiar de rumbo, una cabeza descomunal se alzó de las profundidades y se abatió sobre la cubierta del barco; acto seguido, su cuello nervudo se enroscó alrededor del mástil e intentó romperlo.

Cuando el viento se calmaba momentáneamente, Kratos oía claramente los bramidos y los gritos de guerra de la tripulación del buque mercante mientras atacaban frenéticamente el cuello de la hidra con espadas cortas y hachas de fuego. De las profundidades surgieron más cabezas. Kratos ordenó al timonel que se dirigiese hacia ellos. No tenía sentido esperar a que escapasen; estaban demasiado ocupados combatiendo a la hidra para darse cuenta de que los estaban empujando hacia la tumba.

A su alrededor flotaban los cascos abandonados y destrozados de barcos que, o no habían gozado de la protección de los dioses, o estaban predestinados a correr esa suerte. Pasaron junto a un navío que no debía de haber llegado mucho antes que Kratos y su presa. Una docena de marineros estaban empalados en el mástil, atravesados por una lanza inmensa. Las arpías habían picoteado sus cadáveres. De casi todos los marineros quedaban poco más que jirones de carne colgando de esqueletos sanguinolentos, pero el más cercano al mástil seguía vivo. El marinero vio a Kratos y se puso a patalear sin fuerzas mientras extendía las manos pidiendo ayuda con un gesto mudo.

Kratos estaba más interesado en aquella inmensa lanza; su presencia hacía sospechar que un cíclope podía andar cerca. Se situó ante el timonel para que éste no viese el barco de la muerte.

—No descuides el rumbo.

—Tenemos a Ares en contra —dijo el marinero con la voz entrecortada—. Las arpías, la hidra... ¡ahora son... sus criaturas! Todas. ¿Quieres desafiar al dios de la Guerra?

Kratos le dio una bofetada lo bastante fuerte para tirarlo sobre la cubierta.

—Ese buque mercante tiene agua dulce. Tenemos que abordarlo antes de que se hunda o todos moriremos bebiendo agua de mar. Olvídate de Ares, quien debe preocuparte es Poseidón. —Lo ayudó a ponerse en pie y lo colocó al timón—. Y si Poseidón no te preocupa, siempre me tienes a mí.

Llevaban dos días sin agua. Tenía la boca más seca que el desierto de las Almas Perdidas y la lengua hinchada. Kratos hubiese canjeado el agua por alguna otra cosa de buena gana, pero antes de tener ocasión, el capitán del buque mercante lo avistó y decidió que era más sensato huir como si todos los perros del Hades le pisasen los talones. Kratos iba a enseñarle a aquel capitán las consecuencias de tamaña sensatez.

Se tiró de la barba, corta y acabada en punta, para quitarse unos cuajarones de sangre de arpía o humana, ni lo sabía ni le importaba. Comprobó si tenía heridas; en el fragor de la batalla uno puede estar herido de muerte sin darse cuenta. Al no encontrar ninguna, sus dedos recorrieron inconscientemente el tatuaje de color rojo que le cruzaba la cara y la cabeza rapada y le bajaba por la espalda. El rojo contrastaba con el color de su piel, blanca como el hueso.

Sangre y muerte, ésas eran las señas de identidad de Kratos. Nadie que lo hubiese visto combatir, nadie que hubiese oído hablar de sus hazañas legendarias lo habría confundido con ningún otro hombre.

Otro impacto hizo que Kratos chocase contra el timonel. El barco se estremeció y se oyó un largo crujido. El marinero cayó sobre la cubierta y Kratos agarró la rueda... que giró libremente en sus manos.

—¡El timón! —exclamó el timonel—. ¡Se ha roto!

Kratos soltó el timón inútil y miró por encima de la popa. Uno de los cascos abandonados que formaban el arrecife de barcos había arponeado su galera como si de un pez se tratase: un mástil tan grueso como su cuerpo había atravesado el casco y destrozado el timón al penetrar en la popa desde abajo.

—¡Remeros de estribor, remad hacia atrás! —bramó Kratos—. ¡Remeros de babor, remad si queréis salvar vuestras inútiles vidas!

Con un crujido estridente, la galera se liberó del mástil. Mientras la proa viraba hacia el buque mercante en apuros, Kratos ordenó a los remeros de estribor que remasen hacia adelante con todas sus fuerzas. Se dio media vuelta y le gritó al timonel:

—¡Marca el ritmo! ¡Y que sea rápido!

—Pero... ¡pero si nos estamos hundiendo!

—¡Hazlo! —Kratos se volvió hacia los remeros y les gritó: ¡El primer gusano cobarde que suelte el remo morirá en su sitio!

Aunque la popa se hundía cada vez más, la galera logró avanzar. El buque mercante sólo estaba a unos doscientos pasos de distancia, luego a ciento cincuenta, luego a...

Un fuerte oleaje, provocado por las traicioneras contracorrientes del Cementerio Marino, hizo que la galera se escorase y, en lugar de enderezarse, chocase contra un casco podrido y se quedase enganchada a él. El barco de Kratos ya sólo podía ir en una dirección: hacia abajo.

—Si podéis, seguidme —dijo Kratos a la tripulación.

Si no podían, no valía la pena salvarlos.

Saltó por la borda y aterrizó de pie sobre una tabla resbaladiza. Patinó y agitó los brazos para mantener el equilibrio. El oleaje mecía los maderos a la deriva, y cada ola hacía que los cascos abandonados se rozasen entre sí como ruedas de molino de madera. Caer en aquellas aguas suponía una muerte segura.

Cincuenta pies por delante cabeceaba otro barco. Tenía el mástil arrancado y, a juzgar por la capa de percebes y algas ennegrecidas que adornaban su casco, el barco llevaba muchos años prisionero del Cementerio Marino. Cualquier objeto flotante era mejor que su galera, a la que el mar ya engullía con

un fuerte sonido de succión que se sumaba al coro de gritos de los marineros que habían sido demasiado lentos para saltar.

Un segundo después, lo único que se oía eran las olas al chocar y el débil silbido del vendaval, que ya amainaba. Avanzando rápidamente sobre los restos de barcos naufragados, Kratos llegó al navío abandonado. La pronunciada curva del casco resbaladizo parecía imposible de escalar, incluso para él.

Se detuvo y miró hacia atrás para comprobar si lo seguía alguno de los miembros de su tripulación. Sólo unos cuantos habían logrado evitar hundirse con la galera. De pronto, una cabeza de hidra se alzó de las profundidades y, de un bocado salvaje, se cobró las vidas de otros más cortándolos en dos. Kratos los vio morir en silencio.

Estaba acostumbrado a estar solo.

El mástil sobre el que se mantenía en equilibrio rodó inesperadamente bajo sus pies. Saltó sin dudarlo y sus dedos buscaron desesperadamente la cadena del ancla bajo la costra del casco. Los percebes le hicieron cortes en los dedos, pero Kratos gritó y se agarró aún con más fuerza. Sus pies se acomodaron a la curva del casco y comenzó a subir cuidadosamente, agarrado a la cadena, hasta llegar a la cubierta.

El barco llevaba años abandonado. El mástil se había roto y astillado, aunque las tormentas y las olas habían suavizado sus aristas. Se dio media vuelta y miró hacia el lugar que antes ocupaba su barco. No vio nada aparte de olas grisáceas y espuma casi tan blanca como su piel manchada por la ceniza.

La primera advertencia fue el hedor de la carne en proceso de descomposición. La segunda, que las cadenas fundidas a los huesos de sus muñecas comenzaron a quemarle. Ares había sido un señor cruel; Kratos ni siquiera soportaba pensar en él, salvo por una cosa: el dios de la Guerra había fundido a sus brazos las Espadas del Caos.

Las cadenas incrustadas quemaban como si colgasen sobre una hoguera. De las espadas que llevaba a la espalda caían gotas de fuego, pero esta vez tampoco se molestó en sacarlas. Se dio media vuelta y se colocó en posición de combate, con las manos abiertas para agarrar y desgarrar. El hedor se volvió pútrido.

Procedía de tres de los soldados de Ares, cadáveres putrefac-

tos de legionarios muertos vivientes. Eran los únicos soldados sobre los que podía mandar ahora el dios de la Guerra. En sus ojos brillaba un fuego verde y frío. La carne en proceso de descomposición les colgaba de los huesos a jirones. Se abalanzaron sobre él sin mediar palabra.

A pesar de ser muertos vivientes, se movían a una velocidad asombrosa. Uno intentó clavarle una lanza en la cabeza con la esperanza de obligarlo a esquivarla, mientras otro intentaba inmovilizarle las piernas con una cadena que hacía girar en círculos.

Agarró el mango de la lanza con ambas manos y tiró de ella hacia abajo para que se enrollase en ella la cadena. Acto seguido, Kratos soltó la lanza y hundió la mano en las viscosas entrañas del legionario más cercano; con los dedos desgarró la carne putrefacta para agarrar el hueso de la cadera por dentro. Kratos apretó con fuerza inhumana; la cadera del legionario se hizo añicos y la criatura cayó al suelo. Kratos siguió avanzando sin mirar atrás.

Cuando el legionario de la cadena volvió a hacerla girar, Kratos dejó que lo golpease en los brazos. No le preocupaba, él también tenía unas cadenas.

Cuando el muerto viviente se abalanzó sobre él, Kratos le deslizó alrededor del cuello una lazada de la cadena de una de sus espadas. Con un movimiento de sus enormes brazos le arrancó la cabeza a su oponente. Al tercero lo despachó con un simple puñetazo que le aplastó el cráneo.

Buscó más criaturas a las que destruir, pero no vio nada. No era tan ingenuo como para creer que habían desaparecido todos los monstruos.

Kratos empleó sabiamente el tiempo que había ganado en buscar un camino entre los barcos hundidos por donde poder franquear los cincuenta y tantos pasos que lo separaban del buque mercante.

Una estatua de madera que cabeceaba a lo lejos le llamó la atención.

«¡Atenea!» Kratos había colocado su estatua en la proa de su barco como tributo a la labor que había realizado para los dioses durante los diez últimos años. No estaba seguro de si en sus interminables misiones lo habían ayudado los mismos dioses

que lo enviaban, o si había sido cuestión de suerte. Mala suerte. Buena suerte. Qué más daba. Tenía las espadas.

La estatua no era más que una pieza de madera torpemente tallada y su importancia no era mayor que la de cualquier resto de madera que flotase en el Cementerio Marino. O eso pensaba él. La Atenea de madera cabeceó sobre las olas. Tres cuartas partes de su estructura sobresalieron por encima del agua y se inclinó en dirección a una maraña de baos flotantes.

Un estrépito parecido al de algo que se astillaba a sus espaldas alertó a Kratos de que la estatua de Atenea no era lo único que se había soltado de la tumba marina. Saltó y a duras penas pudo agarrarse a una viga flotante. Clavó las uñas, y algo frío y resbaladizo pasó rozándole la pierna. Gruñó y tiró con más fuerza. El roce con la áspera madera le dejó el vientre en carne viva. Justo cuando recuperó el equilibrio, la mano de un muerto viviente lo agarró del tobillo y tiró de él con fuerza.

Se golpeó contra la viga y se sirvió del brazo que lo agarraba para hacer palanca y auparse y sentarse a horcajadas sobre la madera; a continuación hundió las manos en el agua. Las cadenas al rojo vivo convirtieron el agua en vapor y abrasaron al legionario, que dio una sacudida violenta y lo soltó, incapaz de arrastrarlo a la muerte.

Kratos volvió a recuperar el equilibrio. A menos de veinte codos, la estatua de Atenea seguía cabeceando sobre las olas. La figura de madera se elevaba del agua casi hasta emerger completamente y volvía con una urgencia inevitable, inclinándose como un imán atraído por el buque mercante.

No necesitaba más pistas. Saltó, brincó, se deslizó y resbaló a través de la maraña de vigas flotantes hacia un barco escorado que parecía relativamente intacto. Algunos de los tripulantes del buque mercante debían de haberse refugiado allí huyendo del ataque de la hidra; algunas tablas, sujetas a la borda del buque mercante, cubrían la distancia entre los barcos. Si consiguiese llegar al barco escorado podría abordar el buque mercante fácilmente... Pero antes de alcanzar la borda, el mar explotó ante él.

De las profundidades insondables surgió una enorme cabeza de reptil con ojos como escudos de llamas y relucientes espadas por dientes. Sus mandíbulas podían destrozarse al mejor



barco del Egeo; sus orejas, llenas de púas, ondeaban como las velas de una galera; de sus fosas nasales salía un frío humo asfixiante. Hizo caso omiso a los barcos que tenía delante y fijó su mirada en Kratos. Su inmenso cuello se arqueó, sus ojos centellearon y rugió ante el Fantasma de Esparta con un sonido increíblemente poderoso. Aquel bramido atronador obligó a Kratos a arrodillarse. Sólo un segundo.

Kratos se levantó. Por fin, algo a lo que merecía la pena matar.

Ese día ya había matado a unas cuantas arpías. La hidra sería la siguiente. Satisfecho, a pesar de todo, se llevó las manos a los hombros y sacó las Espadas del Caos.



—Zeus, mi señor... —Atenea levantó la vista y miró al gran Padre Celestial sentado en su trono de alabastro. El rey de los dioses estaba repantigado en su enorme y regio sitial, cómodo con el poder que ostentaba desde su alto trono—. Zeus, mi querido padre —rectificó. Prefirió recordarle sutilmente que era su favorita—. Poco importa lo que Ares piense de mí. Pero atacar deliberadamente a mi humano favorito... Tú mismo prohibiste ese tipo de comportamiento en Troya.

—Y Ares no se tomó mi edicto muy en serio ni siquiera entonces. Y que yo recuerde, tú tampoco.

No era tan fácil desviar la atención de Atenea.

—¿Vas a permitir que el dios de la Matanza desafíe tu voluntad?

—¿Mi voluntad? —La risa de Zeus resonó por el salón de audiencias y por todo el monte Olimpo—. Creo que le has cogido mucho cariño a ese humano tuyo. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Kratos. ¿Puede ser que estés... desarrollando una cierta compasión por él? ¿Por un mortal?

Atenea no iba a caer tan fácilmente en la trampa.

—Escucho las súplicas de mis adoradores. Kratos sólo es uno más.

—Pero te importa más que los demás. Te lo noto en la mirada.

—Me... entretiene. Nada más.

—Yo también he disfrutado con sus hazañas. Sobre todo cuando aún era la herramienta de Ares. ¿Conquistar toda Grecia? Sus hazañas eran legendarias. Pero luego tuvo que estropearlo todo con esa historia de tu templo en aquella aldea...

—No hay por qué hacer hincapié en aquel crimen en particular, ¿no crees, padre?

Zeus acarició su larga barba de nubes trenzadas.

—Me planteé detener a Kratos personalmente en más de una ocasión, pero... —Su voz atronadora se apagó cuando miró al vacío contemplativamente—. Nunca encontré el momento.

—No es él a quien hay que detener, padre, y lo sabes.

Como hija favorita de Zeus, Atenea se atrevía a hablar con una falta de respeto que a cualquier otro dios podría haberle costado el exilio del Olimpo y una caída hasta la Tierra, donde tendría que esquivar rayos durante un siglo o dos. Pero aun tratándose de su favorita, la tolerancia del Padre Celestial tenía un límite.

Zeus frunció ligeramente el ceño y las nubes de su barba y de su pelo se tiñeron de un gris violáceo. Sobre el Olimpo sonó un trueno lejano.

—No te atrevas a sermonear a tus mayores, hija.

Atenea ni siquiera pestañeó al oír aquel comentario.

—¿Aplastarías a un títere sólo porque su baile te ofende?

—Depende del títere. —El Padre Celestial esbozó una sonrisa y Atenea comprendió que el peligro había pasado—. Y, claro está, del titiritero.

—¿Acaso Kratos no te ha ofrecido una diversión placentera bajo mi control? —Atenea ya se encontraba en un terreno más seguro. El aburrimiento era un mal más temido por los dioses que la peste por los mortales de la Tierra—. ¿Acaso sus combates ya no te entretienen?

—No, es maravilloso, hija. De verdad.

—Entonces, padre, ¿por qué permites que mi hermano Ares lo atormente así? Ares está intentando matarlo.

—Sí, sí —respondió Zeus—. Pero de momento no lo ha logrado, ¿verdad? Kratos ha resultado... agradablemente duradero.

—Las Espadas del Caos le conceden un poder aún mayor que el de sus dones naturales. Pero aun así, ¿te parece bien que tu propio hijo intente destruir a tu mortal favorito?

—¿Mi favorito? —Zeus volvió a acariciarse la barba de nubarrones mientras reflexionaba—. Sí, supongo que sí. A decir verdad, Kratos puede serme útil. En mi nombre, envíalo a una misión a Creta para ocuparse de esa situación tan desagradable. Es el mejor para arreglar lo que se ha torcido. Sí, Kratos puede serme útil inmediatamente. Tranquila, Atenea, hablaré con el señor de las Batallas la próxima vez que se presente ante mí y lo conminaré a cesar su persecución. ¿Satisfará eso a mi querida hija?

Atenea inclinó la cabeza recatadamente para ocultar que estaba esbozando una sonrisa.

—No puedo pedirte más, padre. Estoy segura de que Ares no se arriesgará a contrariarte.

—¿Y tú? —Zeus se irguió en el trono y se llevó ambas manos a las rodillas al inclinarse hacia ella—. Me estás ocultando algo, mi astuta diosecilla. Alguno de tus planes progresa satisfactoriamente. Conozco esa mirada: es la misma que cuando me hiciste acceder a la destrucción de Troya si no protegían tu estatua... y luego me jugaste aquella mala pasada con Odiseo y Diomedes. —El rey de los dioses soltó un suspiro lleno de melancolía—. Me encantaba Troya. Algunos de mis hijos, tus hermanos semidioses, murieron intentando defender la ciudad. No volverás a engañarme, hija.

—¿Engañarte, mi señor? ¿Cómo podría desearlo siquiera? —«¿Por qué iba a necesitarlo? Me basta con la verdad»—. ¿Acaso no soy la diosa de la Justicia y de la Sabiduría? Es justicia lo que busco ante tu trono, querido padre. Kratos ha sufrido mucho a manos de mi hermano.

—Justicia —murmuró Zeus—. La justicia es una cadena inventada por los débiles...

—... para encadenar a los fuertes —concluyó Atenea—. No es la primera vez que te oigo decirlo. —«Mil veces lo he oído», pensó, pero se guardó ese comentario irrespetuoso—. No es Kratos quien la pide. No ha pedido ayuda a los dioses desde el día que le suplicó a Ares que lo salvase de la horda bárbara. Soy yo quien la pide, padre. En cualquier momento puede llegarle la hora —dijo, y abrió la mano en dirección a la fuente dorada que manaba junto al trono de Zeus—. Mira.

En el agua que borboteaba en la fuente se formó una ima-

gen del Egeo, revuelto por la tormenta, lleno de los restos de innumerables barcos naufragados. En el centro de la imagen saltaban llamas y rayos del acero, pues Kratos estaba usando las Espadas del Caos como razones para clavarlas en el enorme cuello serpentina por el que ascendía incansable para poder llegar hasta la cabeza.

—¿Ésa es la hidra? —preguntó Zeus frunciendo el ceño, perplejo—. ¿No estranguló Hércules a esa bestia hace años? ¿Siempre ha sido tan grande?

—Ésta es una nueva hidra, recién nacida, mi señor. Esta hidra es hija de Tifón y Equidna..., titanes a los que tú mismo derrotaste y encerraste en el interior de la Tierra, a una profundidad fuera del alcance de Tártaro. Son los antepasados de cada perversión de la naturaleza con la que mi hermano castiga a Kratos.

El ceño fruncido de Zeus se oscureció y se convirtió en una mueca de desagrado.

—Azuzar a esa criatura contra Kratos sin mi permiso huele a premeditación por parte de tu hermano, pero poco puedo hacer para ayudar a Kratos. El mar es el reino de mi hermano Poseidón. Matar a la criatura con uno de mis rayos sería un insulto a su soberanía. Y la dignidad de Poseidón se hiere muy fácilmente, como seguramente recordarás.

—Sí, padre, puedes estar seguro. Pero no te pido ayuda en esta situación en particular. Kratos puede ocuparse de esa criatura sin tu ayuda.

Zeus alegró el semblante.

—Mucha fe tienes en su fortaleza.

—Mi señor, creo que es prácticamente indestructible, pero tengo planes para él, planes que no puede llevar a cabo si tiene que enfrentarse constantemente a las legiones de monstruos de mi hermano. Sólo te pido que impidas futuros ataques de Ares.

Zeus se incorporó en el trono y se envolvió con el manto radiante de la realeza. Se volvió hacia la fuente.

—¿Dónde está Ares en estos momentos?

El arco iris en la niebla giró para mostrar a Ares recorriendo a zancadas una tierra desértica cual volcán vuelto a la vida. Su pelo y su barba ardían con llamas eternas, y su armadura

negra oscurecía el sol. A cada paso aplastaba a numerosos hombres bajo sus sandalias llenas de sangre igual que un mortal aplastaría hormigas.

—¿Dónde está? —preguntó Zeus—. ¿Qué hace en ese desierto egipcio?

—Sembrar el miedo y la destrucción.

—No me cabe duda —asintió Zeus, y se rió con aprobación—. Es una pena interrumpir su diversión. —El rey del Olimpo levantó su poderoso puño y respiró hondo, tanto que alteró el sistema de tempestades por todo el Mediterráneo, y pronunció una sola palabra—: Ares.

La imagen del dios de la Guerra se movió de forma ostensible y lanzó una mirada siniestra por encima del hombro sin responder. Volvió a aplastar humanos deliberadamente.

—¿Cómo se atreve a ignorarme? —Zeus espiró de nuevo, y esta vez se formó hielo a su alrededor y las nubes descargaron aguanieve sobre la tierra—. Hijo mío, requiero tu presencia en el Olimpo. —El dios de la Guerra volvió a moverse, pero agachó la cabeza hoscamente, como si no pudiese oírlo—. Debes poner fin al ataque de la hidra inmediatamente. Necesito al mortal Kratos. ¿Ares? No toleraré que me ignores cuando te doy órdenes.

Zeus frunció el ceño y las nubes de su barba y su melena se oscurecieron como en una tormenta de invierno. Atenea se hizo a un lado. Había previsto aquel momento con tanta seguridad como un oráculo hubiese adivinado el futuro oculto a sus poderes divinos, y no quería estar en medio.

Zeus levantó la mano y en su palma se formó una pequeña lanza de energía centelleante. Con un movimiento, como si estuviese espantando una mosca, soltó el rayo, que pasó ardiente junto a Atenea y se perdió brillando en el cielo. Un segundo después, un rayo restalló en el desierto de la imagen, tan cerca de Ares que el dios retrocedió ante la explosión de roca y arena fundida.

El dios de la Guerra miró hacia el cielo, con el gesto torcido con amargo resentimiento; Atenea sintió la ira del dios desde aquella tierra devastada.

—¿Por qué me molesta mi padre mientras estoy haciendo mi trabajo?

—Nadie te ha autorizado a preguntar —atronó el rey de los dioses—. Estás obligado a obedecer. Ven al Olimpo y arrodíllate ante mi trono para pedirme perdón.

—No lo haré mientras esa cerda traicionera, mentirosa y frígida a la que llamas mi hermana siga allí. Su hedor a corrupción repele a cualquier dios honrado.

Zeus se levantó. Alrededor de su frente jugueteaban los rayos.

—¿Osas desafiarme?

—Tu rayo me ha cogido desprevenido. No volverás a asustarme tan fácilmente. —Ares colocó sus poderosos puños sobre las caderas. Hasta el menor de sus movimientos hacía que sus armas retumbasen con el fragor de la batalla—. Te invito a que abandones ese cómodo trono de tu palacio con olor a miel y que salgas al mundo para atraparme.

—Cuidado, Ares. Mi rayo puede alcanzarte a ti también.

Ares sacudió su pelo de llamas desdeñosamente.

—¿Crees que vas a asustarme con luces y ruidos? ¿A mí? ¿Al dios de la Guerra? ¿Acaso soy una virgen fría y cobarde que suplica ante tu trono, mentirosa y traicionera? Soy Ares. ¡Si estás pensando en declararme la guerra, padre, recuerda que la guerra es mi reino!

—¿Lo ves? —dijo Atenea en voz baja—. Es tal como te decía. Su locura crece a cada día que pasa. Si se atreve a desafiar tus órdenes, ¿habrá algo a lo que no se atreva? Padre, podría ser necesario...

—No —replicó Zeus con gravedad—. No, Ares no es tan inconsciente como para desafiarme.

Atenea se dio cuenta de que el Padre Celestial decía una cosa y pensaba otra. Lograr que Zeus pusiese a Kratos bajo su protección, aunque fuese por poco tiempo, le había supuesto una gran oportunidad.

—¿No es la muerte el castigo por desafiar tus órdenes?

—Ordené que los dioses no se declarasen la guerra entre sí. Ningún dios puede matar a otro dios. Esa ley es definitiva, e incluso yo debo someterme a ella. Mis hermanos y yo destruimos a los Titanes porque luchaban constantemente entre sí; su amargura por disputas antiguas y nunca olvidadas los dividió hasta que fue demasiado tarde. Los Olímpicos no correrán la

suerte de los Titanes. Si hay que... destruir a Ares, no seré yo quien lo haga. Ni tú, Atenea.

La diosa agachó la cabeza de nuevo para ocultar que estaba esbozando otra sonrisa.

—Como ordene mi padre. No ansío derramar la sangre de mi hermano.

—No creo que él dijese lo mismo de ti.

Atenea abrió las manos en un gesto de impotencia.

—Se resiste a aceptar que Kratos y todos los ejércitos de la humanidad estén ahora a mis órdenes, mientras que entre sus legiones sólo se cuentan los muertos vivientes y la siniestra progenie de Tifón y Equidna. Pero no lo engañé, ni siquiera lo traté injustamente. Tú estabas allí, padre. Viste la competición y fuiste testigo de que Ares accedió libremente a mi trato.

—Sí. Y fue entonces cuando vi el mismo brillo en tu mirada que veo ahora. No pensó en las consecuencias de tu trato, y sabías de sobra que con el tiempo se arrepentiría de haberlo aceptado.

—Mi hermano es impulsivo y testarudo. ¿Tengo yo la culpa de que su avidez de sangre afecte a su razón? Aunque le hubiese ofrecido mi don de la adivinación, ¿crees que lo habría aceptado?

Zeus negó con la cabeza y sonrió cariñosamente a pesar de la importancia del tema de conversación.

—Ni siquiera el rey del Olimpo puede vencer en una discusión a la diosa de las estratagemas. ¿Qué propones?

—Aunque no podamos matarlo —sugirió Atenea cautelosamente—, sí podemos humillarlo.

—Podría justificarse una lección de humildad, ya que no podemos permitir que haga caso omiso a mis órdenes con tanta arrogancia —murmuró Zeus, pensativo—. ¿Cómo piensas dársela?

—No soy yo la maestra que necesita Ares —respondió Atenea, diciendo la pura verdad—. Si mi padre hablase con su hermano Poseidón y le pidiese al rey de los mares que me recibiese y me escuchase, la lección se daría sola.

—¿No me digas? —Los rayos volvieron a brillar en la frente de Zeus, y entornó los ojos con desconfianza—. Esto tam-



bién lo tenías planeado, ¿verdad? Parece una estratagema demasiado intrincada para tan exigua recompensa.

—Nunca ha sido mi objetivo avergonzar a mi hermano —dijo Atenea.

Aquélla también era una verdad absoluta e inequívoca. El plan de Atenea nunca había sido avergonzar a su hermano. Desde el incidente con Kratos en su templo de la aldea, había comprendido una verdad que el resto de los Olímpicos sólo habían alcanzado a entrever: Ares era algo más que testarudo y desobediente, brutalmente ambicioso y ávido de sangre.

El dios de la Guerra estaba loco.

Del Olimpo bajó la diosa de la Sabiduría y de la Guerra. A cada paso que daba, cantaban los pájaros. Pronto, el dulce canto de las aves se convirtió en el fragor del agua batiendo la costa rocosa. La espuma salada le cubrió la cara y el pelo como si fuese una constelación de brillantes estrellas. Su armadura de bronce relució bajo el deslumbrante sol tropical.

Cuando por fin se detuvo, permaneció de pie en una costa que se extendía a ambos lados y se perdía en la lejanía, mucho más allá de lo que era capaz de alcanzar a ver un dios. El mar interminable que tenía ante ella se extendía hasta el lejano horizonte.

—Oh, poderoso señor de las Profundidades, la diosa de la Guerra quiere hablar contigo. Presta atención a la solicitud de mi padre y escucha mis palabras.

Atenea esperó. ¿Se trataba de un insulto deliberado? ¿Estaría aún enfadado Poseidón por la destrucción de Troya? ¿O acaso sería el fruto de algún rencor anterior? Nunca se había llevado especialmente bien con el señor de los Mares, y menos desde la disputa por el nombre de lo que ahora era Atenas.

Quizá debería haberle llevado un regalo.

Por fin, el mar comenzó a bullir en el horizonte lejano. La espuma avanzó rápidamente hacia la orilla, donde se encontraba Atenea, y un segundo después surgió una tromba de agua que unió el mar con el cielo infinito. Situado en el interior de la inmensa columna de agua estaba Poseidón, con los musculosos brazos cruzados sobre el pecho. Tenía la corona

incrustada de percebes, y de su tridente goteaban sangre y entrañas.

—El Olimpo te manda saludos, mi señor Poseidón —dijo la diosa con una profunda reverencia.

—No puedo perder el tiempo contigo, Atenea. —El señor de los Mares gesticuló de manera cortante con el tridente—. Hay asuntos que requieren mi atención mucho más allá de las Columnas de Hércules.

Atenea asintió con la cabeza comprensivamente.

—¿La Atlántida de nuevo?

—Esa gente no deja de dar problemas —murmuró Poseidón.

—Tu paciencia con ellos es admirable.

—Quizá, pero la irritación es una cuchilla que va mermando mi paciencia peligrosamente. Mi hermano me ha rogado que escuche tu petición. Te escucharé por respeto a Zeus. —El dios marino se inclinó hacia ella—. Sé breve.

Atenea levantó una mano abierta.

—Que no haya mala sangre entre nosotros, tío. El tiempo debería restarle importancia a nuestra disputa, ¿no crees? Fue algo tan irrelevante que sus heridas no tienen por qué seguir quemando.

Poseidón se hizo aún más grande y la apuntó con el tridente.

—¡Esa ciudad debería ser mía! Golpeé la roca sobre la que se encuentra la Acrópolis y...

—Y manó agua, pero salada —lo interrumpió Atenea comprensivamente—. ¿Tengo yo la culpa de que los habitantes de la ciudad prefiriesen mi olivo a tu manantial salobre?

—Atenas es un nombre horrible para una ciudad —respondió el dios marino con resentimiento.

—Poseidía sería más melodioso —reconoció ella—. Si mi querido tío se apaciguase con algo de mayor importancia, me gustaría recordarle que los atenienses, gracias a la generosa protección de mi señor tío, son los mejores marineros del todo el mundo conocido. Su fuerza reside en su armada, y honran al señor de los Mares a diario.

—Bueno... —dijo Poseidón con un gruñido mientras las olas golpeaban un acantilado desprotegido—. Supongo que

tienes razón. Dejemos atrás nuestros desacuerdos, sobrina. ¿Qué asunto te trae hoy a mi orilla interminable?

—Mi señor tío, vengo a disculparme por el enorme insulto de mi hermano a tu soberanía.

—¿Cómo? —Poseidón frunció su ceño de espuma y el suelo bajo los pies de Atenea tembló en señal de advertencia—. ¿Qué hermano?

—Ares, claro. ¿Qué otro dios osaría desafiar tu ira?

—¿Aparte de ti?

—Ya sé que últimamente has estado muy preocupado por la Atlántida. Si no, no veo por qué ibas a permitir que los monstruos de Ares poblasen tus mares sin control.

—¿Que pueblan mis...? —Miró a lo lejos, y lo que vio su deífica mirada le hizo proferir un grito ahogado, como el de una ballena—. ¿Una hidra? ¡En mi Cementerio Marino! ¡Qué insolencia! No dejo de repetirle a Zeus que es demasiado indulgente con sus hijos. ¡Ares debería haber pasado toda una era terrestre junto a Sísifo! Yo no soy tan comprensivo como mi hermano. ¡Voy a aplastarlo! ¿Dónde está? ¿Dónde?

—Lejos de tu reino, mi señor tío. A salvo en un desierto lejano.

Poseidón rugió, levantó un puño y el mundo entero tembló.

—¡Si me llaman Hacedor de Terremotos es por algo!

—¡Mi señor tío, te lo ruego! —gritó Atenea—. ¡Que tu ira no caiga directamente sobre él! No hay vergüenza alguna en que te venza el gran Poseidón, rey de las dos terceras partes de todo lo que existe. Ningún dios menor puede derrotar a ninguno de los reyes hermanos. Si de verdad quieres castigar a Ares, debes ofenderlo en su orgullo.

Los temblores desaparecieron.

—Dices bien —reconoció Poseidón—. Pero ¿cuál es el mejor modo de hacerlo?

—Demostrándoles a todos los dioses que un simple mortal puede frustrar los planes de Ares y derrotar su voluntad —respondió Atenea con una tranquilidad muy estudiada.

—Sí, eso es —asintió Poseidón—. Pero ¿qué mortal? ¿Hércules? ¿No está ocupado en algún lugar de Creta? Pirítoo está en el Hades, Teseo es viejo, y Perseo... ¿quién sabe en qué andará metido? No me parece de fiar.

—Hay otro —dijo Atenea, obligándose a no demostrar ningún atisbo de emoción—. ¿Mi señor tío ha oído hablar de un mortal al que los hombres llaman el Fantasma de Esparta? Se llama Kratos.

El gran Poseidón se inclinó hacia ella, interesado.

—¿El Puño de Ares?

—Ya no es el Puño de Ares. Ahora el Fantasma de Esparta me sirve a mí. ¿No asististe al desafío de los dioses de la Guerra?

Asintió con la cabeza lentamente, haciendo memoria.

—Sí, sí, claro. Se me había olvidado. El destino de los ejércitos terrestres significa poco para el mar.

—Kratos había renunciado a servir a Ares antes de que yo lo ganase para mí en el desafío, junto al resto de los ejércitos humanos.

—Ah, sí, ya me acuerdo. Ahora que lo dices... Tuvo algo que ver con aquel templo tuyo de una aldea que saquéó Kratos, ¿no?

—Sí, tío. Y para Kratos fue un horror inimaginable. A día de hoy aún lo atormenta.

—Entonces, ¿Kratos es el mortal que tienes en mente?

—Tu perspicacia es legendaria, y con razón, mi señor tío. Ares odia a Kratos con tal pasión que ni los dioses alcanzan a comprenderla, y un lejano sueño de venganza contra el dios de la Matanza es lo único que hace que Kratos siga luchando. Para Ares, la mayor vergüenza sería que Kratos frustrase sus planes.

—¿Cómo puede un simple mortal aspirar a derrotar a las legiones de Ares?

—Loadas sean las Parcas —dijo Atenea mientras una chispa destellaba en sus ojos grises—. Tengo una idea...